

VAPORES

COMPANIA TRASATLANTICA

(antes A. Lopez y C.a)

REPRESENTADA POR LA

COMPANIA GENERAL DE TABACOS DE FILIPINAS.

El vapor-correo

S. IGNACIO DE LOYOLA.

Saldrá el 1.º de Marzo próximo, para Liverpool y Barcelona con escalas en Cádiz, Vigo y Coruña.

Admite carga y pasaje.

El día de la salida estará en el muelle de los de Cavite un vaporcito para conducir el pasaje á bordo.

Rebaja y buen alojamiento para familias.

Se espiden billetes de pasajes de la Península á esta capital.

Se admiten seguros sobre embarques en el mismo vapor.

phs ADMINISTRACION CARVALLO 2.

EL DECAUVILLE.

FERRO-CARRIL PORTATIL DE COLOCACION INSTANTANEA

TODO DE ACERO.

Constructor **MR. DECAUVILLE AINE**

DE PETIT BOURG (FRANCIA.)

RECOMPENSAS EN SOLOS 9 AÑOS DE EXISTENCIA.

Un objeto de arte, 5 diplomas de honor, 29 medallas de oro y todos los primeros premios (18).

En la Exposición Universal de 1878.

Medalla de oro y Legion de honor.

RESULTADO

4,180 clientes que emplean 36 millones de francos de este pequeño material.

El DECAUVILLE ofrece una gran economía sobre todo otro sistema de transportes y en particular para el de la cañadulce.

Material para obras públicas, para grandes y pequeños terraplenes, minas y canteras, ladrillerías, descarga de buques, servicio de docks, bodegas, almacenes, fábricas etc.; para el transporte de viajeros y para el servicio de la Artillería.

Ferrocarriles industriales y económicos á establecer en los costados de las carreteras.

Puentes portátiles para rios de varias anchuras.

Grutas y romanas.

Unicos representantes del constructor en Filipinas para todos los informes y encargos de compra.

vdh **VIDAL Y Ca.—MANILA.**

MADERAS

de todas clases aserradas y en trozos se venden á precios bajos en la tablería de San Sebastian.

ph **MANUEL ROSADO.**

China and Manila STEAM SHIP COMPANY, LTD

VAPOR ZAFIRO.

Saldrá para Hong-kong y Emu, el martes 9 del actual, á las cuatro de la tarde.

Para carga y pasaje acúdase á

Peele, Hubbell y comp. Agentes.

Vapor-correo GRAVINA.

Saldrá para Romblon, Batan, Iloilo, Dapitan, Dumaguete y Cebu, el miércoles 10 del corriente.

Admite carga y pasaje.

Larrinaga y Echeita

Vapor SERANTES.

Saldrá para Iloilo, el lunes 8 del actual, á las cuatro de la tarde.

Admite carga y pasajeros.

N. Font.

Vapor-correo MINDANAO.

Saldrá en su viaje impar para Batangas, Calapan, Boac, Laguiniano, Pasacao, San Pascual, Palanan, Donsol, Sorsogon, Legaspi, Catanduanes y Tabaco, el miércoles 10 del actual regresando por las escalas de costumbre.

Admite carga y pasaje.

Aldecoa y comp.

Vapor-correo EOLUS.

Saldrá en su expedición impar á los puntos de Cebu, Cuyo, Puerto Princesa, Balabac, Joló, Isabela de Basilan y Zamboanga, el miércoles 10 del corriente, retornando por los mismos puntos.

Admite carga y pasaje.

José Reyes.

Vapor-correo ROMULUS.

Saldrá para Subic, Sual, San Fernando, Caoyan, Currimao y Aparri, el miércoles 10 del actual, regresando por las mismas escalas.

Admite carga y pasaje.

Aldecoa y comp.

Bodega con embarcadero.

Se alquila una en los bajos de la Fonda de Lala.

h

BAZAR DE EUROPA.

18--Escolta--18.

Para la presente estación de nortes.

Mantas de algodón desde \$ 47 hasta \$ 5	6.40
Idem de lana	2.40
Pleites cazadores ingleses para viaje...	6.80
Porta-mantas de cuero...	0.60
Idem nikeladas superiores...	1.60

Escolta n.º 18. pvd

BAZAR FILIPINO.

Interin se abre el nuevo establecimiento, el BAZAR FILIPINO tiene sus bodegas y oficina n.º 38 Escolta, casa del almacén "La Bilbaina" á donde se ruega á las personas que tengan asuntos pendientes, se sirvan dirigirse en horas de oficina.

pidh

LA BARCELONESA.

10--ESCOLTA--10.

Acabamos de recibir una pequeña partida de guantes negros para señoras y caballeros.

Nuevas remesas de calzado de Europa para señoras, caballeros y niños.

Botitos y zapatos de becerro y charol á 2 pesos par, á 2 pesos par, á 2 pesos par.

GELAMBI HERMANOS Y LLORENS.

jdh

PAPEL LEGITIMO

paja de arroz para cigarrillos cortado á gusto de los aficionados.

Litografía de M. Perez, hijo.

San Jacinto, 42, (Binondo) ph

Se alquilan

los dos entresuelos de la casa número 7 de la calle de San Luis del arabal de la Ermita: en los altos de la misma darán razon.

3

Lorchas.

Se vende baratas, dos muy buenas. Cargan de azúcar 1.200 picos cada una.

Id. de abacá 400 fardos id. idem.

Informarán calle de Joló n.º 42. pph.

PIEDRAS.

Clases Guadalupe y Meycauayan.

Despacho: calle Concepción 1 d. p13

Quaiapo.

FELIX ULLMANN.

7--Calle Anloague--7

Recibidos en el vapor MEINAM.

Relojes de níquel á \$ 2-75

7--CALLE ANLOAGUE--7

FELIX ULLMANN.

pdmjh

PARA CABALLOS.

Tenemos en esta casa todos los específicos de Ferrero é hijos tan empleados en este país.

Jabon fenicado blando para caballos y perros.

Específicos de Rackham para perros.

BOTICA INGLESA

Escolta 14. ph

MUSICA.

Métodos completos de solfeo por los autores Islava y L. Carpentier, libretos de óperas completas para piano solo por varios autores, acababan de recibir en la Librería de este periódico; se venden baratas.

3

RELOJERIA ITALIANA.

Escolta n.º 38, al lado de la Bilbaina.

Relojes de oro, plata y níquel, y los de gran novedad legítimos y verdaderos BACHSCHMID.

Variado surtido de quevedos, gafas de legítimo cristal de roca con montura de oro.—Gemelos para teatro.

A los Sres. Relojeros.—Utensilios de todas clases para compostura.

Se reciben composturas de todas clases de relojes, y se garantizan.

Se dora y se platea, al estilo de Europa.

55 **J. LAMMOGLIA Y Ca.**

MEDICO C. LOPEZ-BREA.--REAL 31.

Tarifa de honorarios.

Por 1 visita ordinaria en Manila y arrabales...	1 peso.
Por 1 id. consultada...	2 id.
Por 1 consulta ordinaria...	8 id.
Iguala por un año para un individuo...	32 id.
Para una familia de menos de cuatro...	48 id.
Para una familia de cuatro en adelante...	80 id.

Las operaciones y partos no se comprenden en la tarifa. h

42--S. JACINTO--42

Cromos propios para coleccion y de última novedad.

Litografía de M. Perez, hijo.

San Jacinto, 42. ph

AMBROSIO SAN JUAN Y PORTA, PROCURADOR.

Ofrece sus servicios al público.

Isla del Romero n.º 14. ph

IMPRESA Y LITOGRAFIA de M. PEREZ, HIJO.

Tarjetas de visita litografiadas y al minuto.

ph San Jacinto, 42, (Binondo.)

BAZAR de la Bota de Oro.

Se ha trasladado á la calle Real (Manila) contiguo al almacén "La Confianza."

h **JOSE BERMEDEZ.**

PLANO DE MANILA

y del

NUOVO PUERTO

en construcción.

A 2 reales fuertes en la Administración de La Océania Española.

EL ARNES.

FABRICA DE MONTURAS Y GUARNICIONES de C. Jimeno.

Ni es posible la competencia ni la falsificación.

Para convencerse de ello, invitamos á todas las personas que tengan que comprar guarniciones, á que después de haber visto las de todas partes vean las de El Arnes.

Por eso se dan GARANTIZADAS POR UN AÑO. De calesa á 14 pesos y 18. De carruaje á 25 pesos y 35 todas con herrajes de hierro de Europa y cuero del país adobado en el establecimiento y á \$ 25-35-45 y 60 las de calesa con cuero de Europa y 45-50 75-100 y mucho mas las de carruaje.

Las últimas clases con herrajes de plata *Germania* maciza que dura indefinidamente.

ish

CON VERLO BASTA.

17--Carriedo--17.

Calendario

Y PARTE RELIGIOSA.

Febrero, tiene 28 dias.

Santo del día.

7 DOMINGO.—San Romualdo abad, S. Ricardo rey y Sta. Juliana viuda.

Fuilete de 40 horas en Recopetos de Manila.

Santo de mañana.

8 LUNES.—Ntra. Sra. de la Salud, San Juan de Mata confesor y fundador y S. Dionisio, San Emiliano y San Sebastián, mrs.

Santo de pasado mañana.

9 MARTE.—Santa Apolonia vírgen y mrs., S. Primo y S. Donato, diáconos y mrs.

Parte Militar.

GOBIERNO MILITAR.

Servicio de la plaza para el 7 de Febrero de 1886.

PARADA. Los cuerpos de la guarnición.—Vigilancia, los mismos.—JEFE DE DIA.—El Comandante D. Juan Ferrá y Coll.—DE IMAGINARIA.—El Comandante D. José Cañizares.

HOSPITAL Y PROVISIONES Artillería.—PASO DE ENFERMOS n.º 7.—Música en la Luneta n.º 1.—RECONOCIMIENTO DE ZACATE, Caballería.

De órden del Excmo. Sr. General Gobernador Militar.—El C. T. Coronel, Sargento mayor interino, José Presó.

Agenda.

CORREOS.

ADMINISTRACION GENERAL DE CORREOS.

Por el vapor *Arelhus*, que saldrá para Saigon el 7 del actual á las doce del día, la Central de Correos remitirá á las diez de la mañana la correspondencia que hubiere para dicho punto.

Manila 5 de Febrero de 1886.—P. O., Gabriel Aguilar.

Por el vapor-correo *Gravina*, que saldrá para la línea del SE. de este Archipiélago el 10 del actual, á las doce del día, la Central remitirá á las diez de la mañana, la correspondencia que haya para Romblon, Cápiz, Antique, Isla de Negros, Concepcion, Iloilo, Dapitan, Misamis, Cebu, Bohol, Surigao y Dumaguete.

—Por el vapor inglés *Azean*, que saldrá para Hong-kong el 8 del actual á las doce del día, la Central remitirá á las diez de la mañana la correspondencia que haya para dicho punto, Emu y la Mala del Pacifico.

—Por el vapor *Zafiro*, que saldrá para Hong-kong y Emu el 9 del actual á las cuatro de la tarde, esta Central remitirá á las dos de la misma, la correspondencia que haya para dichos puntos, Mala del Pacifico y Europa via Brindisi.

Manila 6 de Febrero de 1886.—El oficial de guardia, M. Suarez Insua.

Correos de hoy. Para Bulacan y Nueva Ecija, á las ocho de la mañana para Cavite, á las dos de la tarde y diez de la noche para los pueblos de Manila y Morong, á las cuatro de la tarde; para Batangas, Mindoro, Laguna, Tayabas, Pangasinan, ambos Ilocos, Cagayan, Isabela, Union, Lepanto, Abra, Bontoc, Trinidad, Baguio, Benguet, Nueva Vizcaya y Distrito del Príncipe, á las diez de la noche.

Correos de pasado mañana.

Para Bulacan y N. Ecija, á las ocho de la mañana para Cavite á las dos de la tarde y diez de la noche para los pueblos de Manila y Morong, á las cuatro de la tarde; para Batangas, Mindoro, Laguna, Tayabas, Pampanga, Guagua, Porac, Tarlac, Bataan, Orani, Cororido, Zambales Pangasinan, ambos Ilocos, Cagayan, Isabela, Union, Lepanto, Abra, Bontoc, Trinidad, Tiagan, Benguet, Nueva Vizcaya y Distrito del Príncipe, á las diez de la noche.

MOVIMIENTO DEL PUERTO.

ENTRADAS DE CABOTAJE.

De Albay y escalas, vapor "Romulus," en 9 horas del último punto (Batangas), con general: Aldecoa y comp.

De Cagayan é id., y "Mindanao," en 7 horas del último punto (Subic), con general: Aldecoa y comp.

De Dagupan, vapor "Camiguin" en 30 horas con general: P. Hubbell y comp.

De Batangas, vapor "Batangas," en 8 horas, con café: F. L. Roxas.

Manila 7 de Febrero de 1886.

BUEN EJEMPLO

II

Segun noticias de los periódicos recibidos anteayer con la Mala inglesa, no era en Madrid solamente, sino en las capitales peninsulares mas importantes, donde se organizaban las Cámaras de Comercio siguiendo las indicaciones del Sr. Moret en la *Union mercantil* de la capital, y con carácter libre, sin esperar acerca de ello resoluciones generales.

Y en verdad que no vemos la necesidad de estas, puesto que, sin ellas, puede ser mas vasto el horizonte de estudio económico é interés profesional para llenar su cometido cada una de esas corporaciones, cuando dependen solo de la opinion pública.

Para entenderse con la Administración en las varias esferas; no se les puede negar el derecho de petición. Fuera de este, su valer y representación serán tanto mayores cuanto mas merezcan por sus actos, para ser oídas de los cuerpos legislativos y altas corporaciones consultivas y para emplear la gran palanca de la opinion que se llama prensa periódica. En manos de las Cámaras de Comercio, y segun la prudencia con que desempeñen su representación, está la fuerza que pueden desplegar, y vendrán despues las conquistas en beneficio de los grandes y desatendidos intereses para cuya defensa y fomento deben existir, con ó sin pauta oficial, con la citada denominación ó con otra.

Y nosotros veríamos con gusto que, á semejanza de las corporaciones inglesas de la propia índole, carecieran de otro reglamento orgánico y de órden interior que los que las mismas se dieren, porque hemos encontrado siempre muy vago y sin fundamento en la Historia cuanto se

dice sobre mas ó menos aptitud de la raza latina á marchar por la senda del progreso sin andadores oficiales.

Cuando aun toda Europa, menos las ciudades italianas, que entonces eran el foco de la civilización europea, estaba sumida en los horrores del feudalismo, las poblaciones de Castilla pactaban con los reyes y conquistaban sus fueros, por los cuales se regían y adelantaban, siendo algunas de ellas prósperos centros manufactureros; y esas poblaciones fueron las que impulsaron y costearon expediciones lejanas; y sus hijos, con peculio propio ó ganado en otras, realizaban empresas tan gloriosas como la conquista de Méjico y del Perú, sin pedir antes para ello al gobierno constituido, ni dinero ni hombres de armas.

Solo las exageraciones, rivalidades y antagonismos que llevaron algunos nobles é individuos de otras clases privilegiadas á la defensa de las Comunidades de Castilla en el primer tercio del siglo XVI, pudieron motivar hasta cierto punto, ó honestar, la represión enérgica del viril espíritu nacional impuesta por el sistema de gobierno que establecieron Carlos I y Felipe II, de cuya época data la decadencia de todas las manifestaciones de vitalidad espontánea moral y económica.

Esta digresion viene en apoyo de la ya espuesta opinion sobre la no necesidad absoluta de que preceda á la organización de las Cámaras de Comercio la promulgación de ley especial, que no parece indispensable desde el momento en que no se trata sino de intereses de clase y del ejercicio de derechos de petición y publicidad, respecto á materias económicas: derechos de que están en posesion todas las personas que libran su subsistencia en la Agricultura interprovincial (mejor llamada industria agrícola), en las manufacturas y en el comercio.

Las únicas dificultades estringen en los primeros pasos.

En Madrid se ha considerado con aptitud para pertenecer á la Union mercantil, que elige la Cámara de Comercio, á todas las personas que, perteneciendo á aquellas clases é inscritas en las nóminas del impuesto de patentes ó subsidio, abonon una cuota mensual para los gastos generales, cuota que, donde se trata de centenares de contribuyentes, puede ser muy modesta.

Despues, ya todo marcha por sí mismo, porque es la eleccion quien, y en tales juntas con singular acierto y conocimiento de los hombres, determina la manera de poner en pocas y dignas manos la representación de la clase, sin que esto impida la dis-

cusión mas amplia en la corporacion electora, que tiene buen cuidado de no traspasar el círculo puramente económico de sus trabajos.

LA REINA REGENTE DE ESPAÑA.

UNA CARTA DE "THE TIMES."

En el número del *The Times* correspondiente al día 11 de diciembre encontramos una carta interesantísima para España, porque en ella, se trata de la augusta señora que riga los destinos de nuestro país.

El autor de esa carta-artículo, ha hecho una semblanza de doña María Cristina, que, por su exactitud, merece ser conocida de todos los españoles.

Nosotros, al recoger algunos de sus párrafos procurando no dejarnos en el tintero ninguno de sus pormenores más notables, sólo lamentamos no disponer de espacio suficiente para reproducir la íntegra.

Que á los pueblos, importa mucho conocer las cualidades de sus Soberanos, y el nuestro ignora muchos de los que adornan á la vida del Rey D. Alfonso XII.

"Rara vez,—empieza diciendo *The Times*,—si ha sucedido algunas, se ha dado el caso que ahora se presenta en la historia de España, de una mujer que sin haber tenido tiempo de darse cuenta de ello, se vé en la necesidad de dirigir los asuntos de un pueblo, como Regente, no se sabe si de una princesa de corta edad, ó de un Príncipe no nacido todavía.

"Gracias á que la actitud del pueblo español es correctísima y llena de buen sentido no son tantos, como al principio pudo creerse, los peligros y las dificultades que rodean á D.ª María Cristina.

Su dolor por la pérdida de un esposo amante, sería razon suficiente para que la Regente contase con las simpatías universales.

Pero si á ese pesar profundo se añade la circunstancia de echar sobre los débiles hombros de una mujer, joven é inexperta, la responsabilidad de regir un país como España, que, á pesar de sus recientes grandes progresos tiene aún abiertas las heridas de medio siglo de luchas fratricidas que mantienen vivísimos odios y rivalidades y antagonismos, naturales que de todas partes del mundo civilizado hayan llegado á España protestas sinceras de simpatía afectuosa para esa princesa.....

"España ha demostrado de palabra y con hechos, su firme propósito de apoyar á la Regencia para defenderla, así del carlismo como de los republicanos, porque una intencion de cualquiera de esos dos partidos sería el preludio de una desastrosa guerra civil.

"Poco, muy poco, se sabe acerca del carácter y del talento de María Cristina; pero los que lo conocen, tienen la firme convicción de que posee tanta aptitud como la voluntad necesarias para cumplir los deberes que le impone su elevada posición, con gloria para sí misma y provecho para su país.

La Reina Regente nació en 1858; educaóse con sus hermanos varones, posee vastos conocimientos en ciencias y

literatura, porque es de advertir que aun despues de casada ha conservado sus hábitos de estudio y de trabajo. Designada en 1876 para abadesa del convento de damas nobles que hay en Praga, rehusó aquella dignidad por la de Reina, en virtud de su matrimonio con el Rey don Alfonso, verificado el 27 de Noviembre de 1879.

"María Cristina, adornada con todas las cualidades propias para labrar la felicidad de su marido, desde el primer momento se dedicó á hacerle más llevadero el dolor profundo que le produjeran las prematuras muertes de su primera esposa y de su hermana predilecta. Sabiendo cuanto caro era al Rey el recuerdo de doña María de las Mercedes, propuso que se bautizara con ese nombre á su primera hija, la Princesa de Asturias.

"Desde su llegada á España, la Reina doña Cristina ha permanecido alejada de la política y de las intrigas de la Corte, limitándose al cumplimiento de sus deberes como esposa y como madre amante.

"Ahora, visto el giro que han tomado los negocios públicos, acaso pueda pensarse que hubiera sido mejor para ella no haber estado encerrada en aquel retiro absoluto. Pero, por otra parte, esa circunstancia presenta la ventaja para sus hijos y para el Estado, de que la Regente no tiene compromisos con ningún partido, no tiene *camarilla* ni intereses particulares que servir.

"Todos los Ministros que se formen constitucionalmente, pueden esperar de ella la más absoluta imparcialidad.

"María Cristina posee tanta energía como firmeza de carácter, y bien lo ha demostrado durante las últimas semanas.

"Los nuevos Ministros la dirigen toda clase de alabanzas, y hasta manifiestan verdadera sorpresa ante el tacto que despliega en todo.

"Sus enemigos, ó mejor dicho, los enemigos de la Monarquía constitucional, censuran á la Reina Cristina por su frialdad de carácter y por ser austriaca, á consecuencia de lo cual, dicen ellos, que no conoce nada de España ni de los españoles. Los que tal afirman, están equivocados; ellos sí que no conocen á la Reina.

"María Cristina se ha identificado en absoluto con su difunto esposo y con su país, y creo poder asegurar que no se hubiera podido encontrar persona más apropiada para defender los intereses políticos de los herederos de D. Alfonso. No hay miedo que sobre ella influya en lo más mínimo, sugestion alguna del extranjero.

"Los republicanos y los carlistas alegan que el Palacio Real se verá ahora lleno de austriacos y de alemanes, y que doña María Cristina será influida por esos dos naciones. Todo esto es pura invencion. Austria, menos aún que otras potencias europeas, tiene para qué mezclarse en los asuntos interiores de España.

"Para reemplazar al Duque de Sexto, he oido hablar del nombramiento de uno de los hombres más distinguidos de este país, que no milita en ningún partido político, y que por su madura edad y su experiencia, sería un consultor idóneo, si por acaso la Reina necesitase consultar á alguien más que á sus Ministros responsables."

La carta que extractamos habla luego del decreto de indulto con que se ha inaugurado la Regencia, y termina con el si-

guiente párrafo:

"Es indudable que el 95 por 100 de los españoles, desean ver realizadas las esperanzas de paz y tranquilidad que todos ellos alimentan; la cuestion es saber si la opinion pública seguirá, como hasta ahora fuerte y enérgica, para oponer un valladar á las pasiones y ambiciones personales al otro 5 por 100.

ACADEMIA DE JURISPRUDENCIA DE MADRID.

Conferencia del Sr. D. Manuel Silvea.

El Sr. D. Manuel Silvea, que ha asistido como representante de la Academia al Congreso penitenciario de Roma, mereciendo allí la honra de ser nombrado vice-presidente, que tan profundos estudios ha hecho sobre la ciencia jurídico-penal, y cuyo nombre vá unido á todas las iniciativas para la reforma penitenciaria en nuestra patria, dió una conferencia sobre el Congreso celebrado, en dicha Academia, últimamente en la capital de Italia.

El salon y las tribunas estaban completamente llenos; en primer término se veían el director de Establecimientos penales, Sr. Aguilera; el Sr. Romero Girón, el Sr. Lastres y otras muchas personas notables.

Comenzó describiendo el palacio donde se ha celebrado el Congreso y el salon de sesiones, donde se veían los retratos y nombres de los principales tratadistas y autores de ciencia penitenciaria. El autor de la primera obra que figuraba como el mas antiguo en el Congreso era un español, Bernardino Sandoval, que escribió sobre el tratamiento de los presos un libro en 1754. Tambien figuraban entre los nombres de Benthán, Beccaria, Rossi, etc., los nombres de otros dos españoles: D. Joaquín Francisco Pacheco y D. Francisco Agustín Silvea, padre del conferenciante, á cuya memoria dedicó éste frases muy sentidas.

Entró luego á resaltar los trabajos del Congreso, en que tomaron parte varias señoras como miembros del mismo, á las cuales dedicó el Sr. Silvea grandes elogios por sus méritos y tambien algunas frases de singular gracejo, y al dar cuenta de los trabajos y controversia de la asamblea, se fijó principalmente en algunos puntos, acerca de los cuales habia terciado en la discusion al ser en el Congreso discutidos.

Uno de estos puntos era la libertad del arbitrio judicial al determinar la pena dentro de los límites que la fijan las leyes. Otro, la necesidad de establecer relaciones y un gran registro universal de penados para saber cuando es reincidente el que delinque en un país que no es el suyo, cosa que no hay medios de apreciar hoy.

Tambien habiera terciado el Sr. Silvea en lo relativo al problema difícil de cómo debe considerarse y ser penado el encubrimiento, y en la cuestion económico-penitenciaria de si debe permitirse la concurrencia entre el trabajo de los presos y el de los obreros libres. Pero estos temas fueron aplazados por el Congreso para discutirlos en el próximo, que se celebrará en San Petersburgo.

No podemos seguir al Sr. Silvea en la serie de atinadas consideraciones cien-

LA MUJER

ENSAYO DE SOCIOLOGIA FISIOLÓGICA.

Por el doctor Thulié.

Los asuntos que requieren más arte, mayor profundidad de análisis y absoluta originalidad de ideas para ser tratados con fruto, son aquellos que en todos los tiempos históricos han atraído y ocupado preferentemente a los pensadores; son tan numerosas las obras escritas, tan múltiples los pensamientos emitidos, las reformas indicadas, las soluciones propuestas, que el filósofo novel se halla perdido en intrincado laberinto de bellezas, sentencias luminosas, repeticiones y lugares comunes, lazos que, en suma, entorpecen su raciocinio, influyen en sus miras, si no posee la suficiente fuerza...

El doctor Thulié ha venido a probarlo lo contrario. Su obra, una de las más importantes de este último tercio de siglo, será también de las más fecundas; es un acto de valor que no resultará estéril; será leída y universalmente aprobada; la opinión inteligente se impondrá al legislador, quien modificará la ley, fuente pestilencial y encenagada, de donde mana el daño.

En efecto; el descenso de la población, la espantosa progresión de la mortalidad infantil y del infanticidio, el uso ya frecuente en manos femeninas del vitriolo y del revolver, el mal secreto que padece la sociedad francesa, tiene por causa la inferioridad legal de la mujer, la injusticia del Código en lo que la compete, la carencia de leyes que la defiendan y protejan a su hijo.

El autor exige para la mujer una educación apropiada a su destino, a sus funciones fisiológicas y sociales; la higiene de la maternidad, las mejores condiciones de educación física, la dirección que debe dar al ánimo del infante, son nociones mucho más importantes que las de mal tecler un piano ó pintar á la aguada florecitas y mariposas.

He aquí el fin del doctor Thulié: "Le mujer es el molde en que se cuaja el porvenir. Levantar su condición social; garantizarle el ejercicio de sus derechos; darle una educación completa y adecuada á sus funciones humanas; asegurarle, con el casamiento, la posibilidad de cumplir sus deberes sociales y protegerla en el ejercicio de ellos, no es sólo llevar á cabo una obra de justicia, es también trabajar en provecho de la prosperidad nacional, y al par, en favor de la elevación, de la felicidad del individuo."

Como tal, la mujer tiene derecho á la integridad de su persona civil. Con iguales títulos que el hombre, y dentro de los mismos límites, debe ser dueña de sí misma, de sus hijos, de sus bienes; debe tener idénticas responsabilidades y disfrutar de idénticas ventajas. Como fracción de la colectividad, debe cumplir, como el hombre, los deberes que á cada uno de los sexos impone el contrato social, basado en las leyes naturales. Debe el uno el servicio militar y el servicio político, la defensa y la alimantación de la familia; el otro, la maternidad en toda la latitud de su aceptación.

La sustancia del libro escrito por el doctor Thulié queda expuesta en las líneas que preceden; estando concordes con el eminente escritor, salvo en puntos secundarios, nada añadiremos sino el

"hombre: en las edades primitivas, el interés del individuo; en el estado patriarcal, el interés de la familia; en las sociedades organizadas, el interés del Estado, de la colectividad, que equivale al interés del individuo."

Llegando á los tiempos contemporáneos, nunca ha estado más baja la mujer en la opinión, que durante el segundo Imperio; lo que es lógico, en suma, pues reflejando la mujer los vicios ó las virtudes del hombre, expresa exactamente el estado moral de su época. Siendo el gran motor el dinero, no estimaba otra cosa la mujer; hallándose prostituido el hombre y entregado á esterilizadores gozos, la mujer se prostituía y encenagaba.

Al lado de la inmoralidad social, la vida monástica adquirió considerable desarrollo, y siendo las monjas estériles por sus votos, y las mujeres en la sociedad por sus vicios, resulta ser esa época la de la esterilidad triunfante.

La influencia primitiva, la opresión del débil por el fuerte, subsiste en nuestra civilización sin razón alguna, y lo prueba el autor analizando las diversas teorías que tienen curso.

Considerada científicamente, la teoría de la inferioridad de la mujer es falsa; son el hombre y la mujer dos elementos necesarios en la evolución humana, y no es posible compararlos entre sí, ya que sus funciones son de todo punto distintas y sólo pueden compararse factores semejantes. "Hay más superioridad en común que en la inferioridad de la mujer; son indispensables el uno al otro, considerense respecto del individuo como de la especie; son complementarios; la pareja es el ser humano perfecto."

Para el doctor Thulié, y este es el punto más importante de su libro, el remedio á la dolencia de su país, de esta francesa tierra que ocupa la última grada en el escalafón de los nacimientos, que apenas produce un millón de seres al año con sus treinta y seis habitantes, es decretar, por decirlo así, la fecundidad. No es una regresión al estado patriarcal, aunque lo parezca.

El autor exige para la mujer una educación apropiada á su destino, á sus funciones fisiológicas y sociales; la higiene de la maternidad, las mejores condiciones de educación física, la dirección que debe dar al ánimo del infante, son nociones mucho más importantes que las de mal tecler un piano ó pintar á la aguada florecitas y mariposas.

El autor exige para la mujer una educación apropiada á su destino, á sus funciones fisiológicas y sociales; la higiene de la maternidad, las mejores condiciones de educación física, la dirección que debe dar al ánimo del infante, son nociones mucho más importantes que las de mal tecler un piano ó pintar á la aguada florecitas y mariposas.

El autor exige para la mujer una educación apropiada á su destino, á sus funciones fisiológicas y sociales; la higiene de la maternidad, las mejores condiciones de educación física, la dirección que debe dar al ánimo del infante, son nociones mucho más importantes que las de mal tecler un piano ó pintar á la aguada florecitas y mariposas.

El autor exige para la mujer una educación apropiada á su destino, á sus funciones fisiológicas y sociales; la higiene de la maternidad, las mejores condiciones de educación física, la dirección que debe dar al ánimo del infante, son nociones mucho más importantes que las de mal tecler un piano ó pintar á la aguada florecitas y mariposas.

El autor exige para la mujer una educación apropiada á su destino, á sus funciones fisiológicas y sociales; la higiene de la maternidad, las mejores condiciones de educación física, la dirección que debe dar al ánimo del infante, son nociones mucho más importantes que las de mal tecler un piano ó pintar á la aguada florecitas y mariposas.

aconsejar la interesante lectura de este profundo trabajo. Aunque preparado especialmente para Francia, su utilidad puede ser grande para todos los pueblos, y tal vez mas que para ningún otro, para España, donde la teoría de la inferioridad de la mujer es compartida por ingenios excelsos y por insignes pensadores. Yo mismo sumo gusto en saber lo que opina, por ejemplo, el admirable Menéndez Pelayo de La Mujer del doctor Thulié.

GARCIA RAMON.

París 19 de Noviembre.

METAMORFOSIS

RECUERDOS Y NOTAS DE VIAJE.

¿Qué es la vida?... Una linterna mágica de gran tamaño, en la que se suceden vistas y figuras cuyo colorido, saturando los rayos luminosos de esa candileja que mantiene el combustible de nuestras pasiones, pinta y dibuja un instante el incoloro paño de la sensibilidad, sorprendida sin tréguas por nuevos panoramas, por nuevas sensaciones.

La exclamación de asombro, el gemido ahogado, la queja lánguida, el grito de ira, la frase de horror... así, en proceso variable y caprichoso, brotan de nuestros labios suspiros, sonrisas y ayes de angustia, según el efecto que nos haga el trueno del cristal pintado.

La impresión producida es, á veces, muy duradera, ya por haber sido mayor el tiempo que ante los sentidos del alma, la imaginación y la fantasía, estuvo expuesto el cuadro, ó bien porque fué mas intensa la sensación que nos causara; pero, á la corta ó á la larga, el paisaje se borra, desaparece la imagen, y otras perspectivas vienen á solicitar nuestra curiosidad y nuestras afecciones.

Cuando la excepción de esta regla general se dejara sentir demasiado, en algún ser excesivamente impresionable, queda un recurso, el supremo: el frío soplo de la muerte apaga, al fin y á la postre, la linterna, dejándolo todo sumido en sombras espesas y permanentes.

El espectáculo ha concluido. Hoy ha sido una mujer, una como otras tantas, la que ha logrado fijar mi voluble y caprichoso sensibilidad, la que ha solicitado por entero mi atención.

Las mil frívolas distracciones de una excursión veraniega, la natural y curiosa sed de ver y notar cuanto en esta población, en la que soy forastero, ocurre, nada, en fin, ha sido para apartarme de este primer objetivo de mis pensamientos. Amor absolutista y tiránico, todo lo domina, sobre todo se enseñorea!

Era muy de mañana cuando la ví en la gótica y vetusta catedral: al contemplarla de rodillas, fijos los azules y estáticos ojos en el retablo y azulejada la blanca frente por oscura mantilla que hacia resaltar la palidez interesante de su rostro, me pareció la imagen de la piedad mística.

Un rayo de sol, filtrándose á través de los cristales de colores de la ojival ventana, venía á caer sobre su cabeza, cercenándola con un nimbo de luz dorada y opalina, tal como aparecen las imágenes de los bienaventurados en las pinturas devotas.

Sus labios se movían casi imperceptiblemente, balbuceando una oración, y el débil olor á incienso que llenaba la iglesia, se me antojó celeste perfume de sus rezos, aroma de su alma virginal que al altar subía en ondas puras é inefables. Estaba tan bella, que en vano quisiera apartar los ojos una y otra vez de tan angelical aparición; como la aguja imantada al norte, volvíanse mis pupilas hacia las suyas, de dulce atractivo.

Fijándome en ella, me pareció recordar aquel semblante, haber visto en otra ocasión aquella criatura perfecta, no serme desconocido el óvalo de su cara, la expresión de su fisonomía... Un enjambre de ideas inconcuerdas y absurdas flotaba, como polvillo de oro á la claridad del día, en mi cerebro, sin hallar un pensamiento cabal, un recuerdo acabado, para conglobarse formando la imagen que yo creía recordar indeciso.

La había visto, sí, no me equivocaba; y, al fin recordé donde y cómo. ¡He soñado tantas veces con los ángeles cuando era niño!

Vénus afrodita, naciendo gentil y galana de las espumas del mar; saliendo, ideal de belleza entre nácar y corales del seno de las aguas, no podía estar mas hermosa. El traje de baño, suelto y sencillo, que deja adivinar lo que disimula con sus anchos pliegues y el basto sombrero de paja

que defendía su rostro de los rayos del sol, anhelantes por besarla, eran para mí sobrescrita fantasía espléndida vestidura de tisú y raso, envidia de una reina.

¡Qué hermosa estaba! A veces con infantil alegría hacia saltar en tenue livoniza el agua, otras audáz y valiente rompía el líquido y nadaba largo trecho dejando tras de sí pequeños remolinos, formados por las olas que se apresuraban á seguirla y se empujaban por ocupar el vacío tras su morbida espalda formado.

Un volcán de desos en el corazón y un vértigo de ilusiones en la mente sentí anonadadores, mientras con mano convulsa dirigía á ella mis gemelos desde la galería de la casa de baños. A cada movimiento suyo corría por mis nervios una descarga eléctrica, sus mas insignificantes idas y venidas ejercían sobre mí la fascinación de los movimientos de la serpiente, cuando sacude la cabeza en cadencioso balanceo para atraer á su víctima.

Las olas ceñían con voluptuoso arrullo aquel cuerpecito de nácar, y al desahacerse en espuma sobre su ondosa cabellera y sus modelados hombros, parecían desfallecer con suspiros y sonrisas del gozo que languidece.

Salí del agua, dejé el baño cansado de retozar en él, y luego ví, cómo en el mar aumentaba el oleaje y crecía el vaiven de las ondas que se extendían sobre la húmeda arena con afán, besando las diminutas huellas de sus pies de hada.

Una gira campestre tiene grandísimos encantos para el que, hastiado de los placeres de la corte, anhela los sencillos y patriarcales gozos de la campiña. Las anémicas y titilantes luces del gas son substituidas por los rayos vívidos del sol; el lujooso portier y cortinaje de seda, por la enramada humberia y la espesa copa del añoso árbol; las frases de puro cumplido y lugares comunes de la insulsa etiqueta, por los cantos, gritos y carcajadas que resuenan alegres en el bosque y bajo el cenador deleitoso.

¡Cuanto gocé esta tarde!... Estaba ella; la mística deidad del templo, la neriada fascinadora del bañ, se había convertido en humilde y gentil campesina. Brillaban sus ojos con un fulgor intenso y extraño, como si las moléculas de alcohol que contuviera la copa ofrecida por mí, hubieranse reconcentrado en su pupila y allí ardieran en prodigiosa luminaria, y sus mejillas y sus labios rojos fueran amapola del campo encendida al beso de las brisas líbricas del estío.

En el alegre corro, cantando y bailando con infantil dejadez, era la mas gallarda y apuesta, era la que con sus carcajadas argentinas hacia la voz cantante á la sonata dormilona y ridícula del pobre organillo, que tocaba un vejete de aspecto tan triston como su música.

Eranos ya amigos íntimos ella y yo: siete horas hacia que la había visto por vez primera, pero como en el campo es cursi andar en cumplimientos, nos tratáramos como si las horas hubieran sido años y peso que á mí se me habían antojado segundos!

He tenido su mano entre la mía y un fluido erótico brotó del corazón recorriendo todo mi cuerpo; tambien me pareció notar lo mismo en ella cuando su seno se movió y ondulaba, como las ardientes arenas del desierto al paso del simoun; quizás fuera solo la natural fatiga del baile á corro y las aspiraciones del canto.

Pero no debió ser así, pues me ha paecido notar en ella, algo que la hace inclinarse á mí, algo que yo la inspiro, bien revelado cuando al volver de la gira preferí apoyarme en mi brazo y lo acepté con preferencia visible á otros. Oscurécia; en grupos apartados se verificó el regreso; hablamos de muchas cosas agradables, entre ellas del amor, centro de nuestro diálogo y mis pensamientos.

El amor es—la dije—un desigual conjunto de frases, impresiones y anhelos que se barajan caprichosamente y se confunden inarmónicos, en los cuales solo un corazón que ama puede entrever armonía y belleza, así como para percibir melodías en la música clásica, hacen falta un temperamento musical y un oído delicado. Y mientras esto decía, pensé: —¿Serás tú capaz, de comprender lo que es esta música selecta de las pasiones?

El casino es hoy á las capitales y aún pequeñas poblaciones de provincia, lo que al individuo es el alimento: una cosa indispensable. ¿Que solo hay un teatro y á este acuden muy de tarde en tarde, malas compañías de verso... ó prosa? ¿Que faltan distracciones y pasatiempos? No im-

porta; el casino con sus periódicas, sorielas, de verano y de invierno, suple á satisfacción de todos esta deficiencia provincialiana.

El salón estaba adornado con esplendidez aunque el gusto no estuviera muy por demás prodigado en sus adornos: buena alfombra de chillón-colorido, cortinas rojas con flecos de oro y un piano con su correspondiente redoblante ó pianista; y hé aquí el baile armado y la diversión conseguida.

Esbelta, graciosa y elegante, como piedra fina engastada en cobre, mi deidad de la mañana, mi neriada del mediodía y mi Filis de la tarde, dama encopetadísima por la noche, se deslizaba en brazos de un desconocido al compás vertiginoso de un vals, terriblemente eyecutado.

Sentí una punzada en el pecho, un dolor írico en el corazón, como si un florete de helado acero me lo atravesara: tuve celos de ella, y tuve envidia de él. La amaba, sí; la amo, porque los celos son la prueba negativa del amor, así como la sombra lo es de la existencia de la luz, cuando la proyecta el cuerpo iluminado.

Temía que el ráudo vals me la arrebatara en sus ráfagas, como arranca el viento de estío los marchitos pétalos de la flor, y tuve muchas veces impulsos de correr tras ella, detenerla y defender su preciosa estancia en el baile con mi valor y arrojo pueril; chocherías sublimes del amor, que, cuanto mas profundo, es mas necio; como el hombre, cuanto mas anciano, mas caprichoso.

Terminó el vals y me acerqué á ella: logré por fin, estar á su lado, oír su acento candoroso y dar suelta al monton de frases apasionadas y vehementes que pugnan por brotar del pecho y que lo llenaban de acerbos al par dulces afanes. Sonreía: su sonrisa fué para mí como el pálido reflejo de la luna en las sombras agudas de un lago; me miraba: sus ojos inundaron de alegría mi pecho, como la viva claridad que penetra en sombrío calabozo subterráneo.

No respondía á mis frases, porque el cándido rubor que matizaba sus mejillas era la valla opuesta por las conveniencias sociales á su amor: á buen seguro—pensé—me ama.

Al terminar el baile, una flor suya en el bolsillo de mi chaleco, junto al corazón, me hacia considerar dichoso y mirar con lástima á cuantos solícitos acudían á saludarla, buscando el premio valioso de una sonrisa.

Salí del salón con una hoguera en la cabeza y otro en el pecho: aun creo que, llore, asomado en la anchurosa galería, dolíendome de mi suerte cruel, que tan pronto me obligaría á separarme de aquel ángel de inocencia.

Al descender por la anchurosa escalinata del casino, iba ella apoyada del brazo de una amiga á dos pasos de mí, sin que hubiese reparado en mi presencia, y á esta casualidad debo el haber oído un diálogo horrible. Hélo aquí: —¿Qué tal hoy? ¿Has hecho, muchas conquistas?

—Calla, chica, si estoy desesperada: por complacerte ya no sé como arreglarme. Se me han declarado Alfredo, Juanito y además ese forastero que me empezó á hacer el amor por la tarde. —¿Y que has decidido... jja, ja, jall! —Pues ¡toma! que no he tenido valor para dar calabazas á ninguno de los tres... ¡soy tan buenal!

Sentí en el pecho un tormento especial, raro, como si se me deshojara la flor en el bolsillo ó el corazón en las entrañas; y luego, me ref... como la amiga de mi hermosa amada: convencido de que no pueden tomarse en serio muchas cosas de la vida. De hoy en adelante, lo mejor será que goce tranquilamente del espectáculo de la linterna, aguardando, mas tranquilamente aún, á que ella se apague por sí sola, sin precipitar el gasto del combustible de las pasiones. De otro modo, la poesía, el amor, las ilusiones, los ensueños, las esperanzas y hasta la fé... resultan suicidas; porque apresuran el fin de la función teatral de que todos gozamos gratis... al parecer: en realidad, espectáculo muy costoso y que no goza de subvenciones. A no contar como tales los desengaños, pues estos se prodigan.

RAFAEL.

TRIBUNALES FRANCESES

CINCO INFANTICIDIOS.

Mme. Duteil, que ha comparecido el 12 de diciembre ante el Tribunal de Jus-

ticia de Chartres, está acusada de cinco infanticidios.

Tiene ya la edad en que estos crímenes no suelen cometerse, mas de cuarenta años. Sus cabellos son ya grises, y sus facciones, aunque ocultas por la gordura, revelan que nunca fué bonita. A los 25 años se casó en París con un fabricante de estufas, el cual murió en una barcada, cuando los sucesos de la Commune. Sus camaradas le vieron morir, pero en aquellos tempestuosos días, Mme. Duteil no pensó en pedir el certificado de viudez.

Hoy la acusada no es viuda legalmente; es una muger, cuyo marido está ausente. Despues de los sucesos de la Commune, Mme. Duteil se retiró á Chateaudun, su país natal, donde su familia goza de cierta consideración y aun de influencia política.

Durante los primeros años de estancia en su pueblo, Mme. Duteil parecia ocuparse exclusivamente de la educación de su hija, que en 1876 casó con Mr. Vallette.

Entonces Mme. Duteil se fué á vivir con Mr. Romeo Riviere, su cómplice, director de una banda de música.

Mr. Riviere, al llamarse Romeo, debió escoger fatalmente una profesión poética. De jóven ya mostró singular aptitud por varios instrumentos y dedicó sus conocimientos á la villa de Chateaudun enseñando el baile, siendo organista de la iglesia y por la noche tocando el cornetín en los salones. Romeo Riviere era, además, director de la orquesta llamada *Sinfonia*, notable y premiada con muchas medallas en concursos musicales.

El proceso de Romeo, pone en presencia, no "dos familias rivales" como dice la ópera de Gounod, sino "dos orquestas": la *Sinfonia* y la *Union musical* de Chateaudun. Los artistas de esas dos orquestas declararán ante el Tribunal, desde el flautin hasta el redoblante, y según á qué orquesta pertenecían los músicos que declaran, oírse que Romeo Riviere es un modelo de padre de familia ó el mas peligroso seductor.

Físicamente es un jóven alto, flaco de cabellos escasos y erizadas; su cara parece la de un gato al que han arrancado la mitad de sus bigotes. El director de la *Sinfonia*, cornetín á solo de primera fuerza, ha contraído la mala costumbre de embocullar de lado, así es que con el prolongado contacto de la boquilla ha desaparecido la parte de mostacho rubio que antes tenia donde aplica la boquilla del cornetín.

La vista de la causa ha sido por demás sencilla. El Presidente del Tribunal, interroga á Madame Duteil en esta forma: PRESIDENTE.—Mme. Duteil, estás acusada de haber cometido, desde el año 1877, cinco infanticidios. La osamenta de los cuatro primeros recién nacidos se han encontrado en las retinas de vuestra casa; el cadáver del último se encontró en vuestra chimenea. Habéis confesado estos crímenes, pero hoy decís que es vuestro amante quien mató á los cinco niños.

ACUSADA.—Sí; mató los cuatro primeros, por lo menos. Cuando estaba de parto, venía y enseguida mataba á los niños. PRESIDENTE.—¿Cómo los mataba? ACUSADA.—Ponia al niño en el suelo y le aplastaba la cabeza con las manos. PRESIDENTE.—¿Y qué haciais con el niño, antes de que llegara Mr. Riviere? ACUSADA.—Lo envolvía en una servilleta y lo dejaba al pie de la cama.

PRESIDENTE.—¿Cuántos ha matado Riviere de este modo? ACUSADA.—Cuatro. PRESIDENTE.—¿Y qué hacías de los cadáveres? ACUSADA.—Los tiraba al escusado. PRESIDENTE.—¿Os acordais de las fechas de esos crímenes? ACUSADA.—Solo de uno, el del cuarto niño. Era un día de Carnaval en 1883. Había una cabalgata en la plaza y tocaba la música del circo.

PRESIDENTE.—¿Y gritó el niño? ACUSADA (con indiferencia).—No sé. PRESIDENTE.—El grito de un hijo, en tan terribles circunstancias, debe quedar en el recuerdo de una madre. Pero habéis matado tantos, que ya no os acordais de ninguno (sensación). Sigue pocos minutos despues el interrogatorio: PRESIDENTE.—En 1884 dejasteis de ser la querida de Mr. Riviere, y os marchasteis de su casa. Tuvisteis otro hijo despues en Setiembre último, de otro amante. Entonces cundió el rumor en la ciudad de que habiais dado á luz clandestinamente. El comisario de policía fué á vues-

Este esfuerzo no bastó para despertar á la dormida; seguía en la butaca en un estupor parecido á la muerte. —¿Dormía, ó estaba desmayada? Inés se acercó más; no estaba desmayada. Su pecho se levantaba con penosa respiración y rechinaba los dientes. Gruesas gotas de sudor caían de su frente, y sus manos crispadas se levantaban y caían. —¿Era presa de una pesadilla, ó había en la habitación una visión que Inés no distinguía? La duda era intolerable, é Inés se decidió á llamar á los criados que estaban de guardia de noche. El boton del timbre estaba cerca de la mesilla de noche. Se volvió en el lecho y alargó la mano. En aquel momento miró hacia arriba, y su mano cayó inerte, se estremeció y ocultó el rostro en la almohada. —¿Qué había visto? Una cosa horrible. Sobre ella, cerca del techo, estaba suspendida una cabeza humana, con el cuello degollado como por la cuchilla de la guillotina. Ningun ruido había anunciado aquella aparición; aquella cabeza había surgido de repente; el cuarto conservaba su aspecto ordinario y nada había cambiado en él. La mujer sentada en la butaca, la ventana frente al lecho, la bujía ardiendo en la mesilla... todo era visible. Solo había de más aquella horrible visión. A la luz de la bujía apercibió distintamente la cabeza balanceándose encima de ella. La miró fijamente, paralizada por el terror. Las carnes habían desaparecido en parte y

el cutis estaba arrugado y bronceado como el de una momia, excepto hacia el cuello, en donde era más blanco, aunque con manchas grises, del color de aquella que había asustado á Mariana. Algunos rizos descoloridos en la cabeza y restos de bigote pendientes del labio superior demostraban que era cabeza de un hombre. El tiempo y la muerte habían borrado las facciones. Los párpados estaban cerrados, y el pelo estaba quemado á trozos. Los labios azulados, entreabiertos por una sonrisa eterna, enseñaban una doble fila de dientes. Poco á poco, la cabeza inmóvil al principio, fué bajando y acercándose á Inés; poco á poco llenó el cuarto aquel olor extraño que notó la comision de las Compañías en los sótanos del palacio, y que se le había agarrado á la garganta á Francisco Westwick. La cabeza bajó por grados hasta que se detuvo junto al rostro de Inés. Luego giró sobre sí misma y miró al rostro de la condesa adormecida en la butaca. Inés siguió aquella mirada. Vió los párpados de la mujer viva levantarse poco á poco, como los de la cabeza muerta, la vió incorporarse como para obedecer una orden muda, y ya no vió más. La primera impresión que sintió luego fué la del sol que entraba en su cuarto. Lady Montbarry estaba inclinada sobre ella, y los niños miraban desde la puerta con sus ojos curiosos.

ver que iba de parte vuestra, y entonces se resolvió á hablar: no solo me confesó que os había cedido la habitación por la razón que expuso á Francisco, sino que se deslizó á vuestra cabecera para espiaros toda la noche y ver lo que vos visteis. Entonces probé á hacerla confesar el médio de que se valió para introducirse en vuestro cuarto. Desgraciadamente, el manuscrito que tenía sobre su mesa llamó de nuevo su atención y se puso á escribir: —"El baron quiere dinero—decía—y necesito adelantar mi obra." Lo que haya visto ó soñado en vuestro cuarto, no puede saberse, por ahora al menos; pero á juzgar por lo que mi hermano me ha dicho y por mis propios recuerdos, un suceso reciente ha debido producir en ella un triste efecto. Su razon no me parece muy segura, y lo prueba el que me ha hablado del baron como si viviese, cuando se sabe que murió. El cónsul de los Estados Unidos en Milan, nos leyó la noticia de su muerte en un periódico americano. Lo que la queda de razon, se concentra en una tarea absurda: en escribir una obra que Francisco la haga en su teatro. Me ha dicho que Francisco la aseguró que así ganaría dinero. Inés se levantó. —Hacedme un favor más—dijo.—Llevadme cerca de la condesa. —¿Seréis bastante dueña de vos, despues de los sucesos de esta noche? Inés temblaba toda y se puso mortalmente pálida, pero no cedió. —¿Sabeis lo que ví anoche?—preguntó débilmente.

ció todas las bujías, como para alegrar con su luz la soledad de su habitación. La luz la calmó y miró el resplandor de las bujías con infantil alegría. —¿Me acostaré?—se preguntó.—No... Había desaparecido su somnolencia y empezó á trabajar en el equipaje. Esta ocupación la cansó por segunda vez. Se sentó y tomó una *Guía*. —¿Que dirá de Venecia?—pensó. Antes de volver la primera página, estaba su espíritu lejos del libro. Pensaba en Enrique, en su constancia, en su fidelidad. Su tristeza durante el viaje, era efecto de que no le veía y de la pena que sentía por haberle tratado mal en París. De pronto, y como avergonzada de sí misma, volvió á ocuparse del libro. Su corazón debía estar enterrado en la tumba de Montbarry. —¿Podía pensar así en otro hombre? Era indigno de ella. Trató de leer en la *Guía*, pero fué en vano. Dejó el libro, y volvió á sus baules; comenzó á trabajar, resultaba á no acostarse sino cuando estuviera muy cansada. El reloj del hotel dió las doce y la recordó que era tarde, y se sentó en una butaca junto á la cama. El silencio del hotel la hizo impresion. ¿Todos dormían menos ella? Ya era tiempo de hacerlo. Se levantó nerviosa é irritada y comenzó á desnudarse. —He perdido dos horas de sueño—se dijo—y mañana no estaré para nada.

tra casa, y no vio ningun niño...

ACUSADA.—Estaba oculto en la chimenea.

PRESIDENTE.—Y quien mató al niño?

ACUSADA.—Fui yo.

PRESIDENTE.—¿De qué manera?

ACUSADA.—Le aplasté la cabeza contra la fuente como Riviere había hecho con los otros.

El interrogatorio de Riviere es mucho mas breve.

PRESIDENTE.—¿Habeis tenido relaciones íntimas con Mme. Duteil?

ACUSADO.—Nunca, solo relaciones familiares.

PRESIDENTE.—¿Estabais celoso de ella?

ACUSADO.—Os ha visto en actitudes inconvenientes. ¿Cometiais obscenidades con ella en público?

ACUSADO.—Solo una vez la abracé por el cuello, saliendo de un baile. Otras nos pelizcábamos, pero sin malicia, ella me tiraba al suelo, y yo la tiraba a ella...

PRESIDENTE.—Y, por fin, rodabais juntos, ¿eh?

ACUSADO.—En 1872 Mme. Duteil casó a su hija. Vos asistíais a la boda, naturalmente. Al regresar, la acusada compartió vuestro lecho.

ACUSADO.—Caramba! Ella tenía frío, y le habíamos suplido viniendo a calentarse entre mi mujer y yo.

PRESIDENTE.—¿Y habeis pasado la noche los tres en la misma cama?

ACUSADO.—Perfectamente. Mi mujer la había invitado. (Risitas).

PRESIDENTE.—¿Qué habeis sabido de los partos de Mme. Duteil?

ACUSADO.—Ni siquiera he sabido que estuviese nunca en cinta.

PRESIDENTE.—¿Entonces sois inocente?

ACUSADO.—Ya lo creo.

PRESIDENTE.—¿Teneis mala reputación con las mujeres. Muchas se quejan de vos.

ACUSADO.—Pues nunca las propuse nada desagradable. (Grandes risas).

Los testigos pasan muy rápidamente.

El comisario de policía, declara que le parece increíble que durante siete años se multiplicaran los infanticidios, sin que nadie sospechara tales crímenes; dice que la hija de la acusada riñó con su madre, porque Riviere quiso seducirla, y que en cuanto a Mme. Duteil todos los que querían, iban a su casa, y tenía por amantes a muchas gentes de posición.

Las mujeres que tienen alguna queja contra Romeo Riviere se presentan a declarar, pero nada detallaremos por respeto a las señoras.

Al presentarse a declarar el primer músico de la orquesta rival, dice con mucha gracia.

El abogado defensor.—No parece sino que va a desfilir, toda la Union musical (Risitas).

En efecto, un músico declara que se separó de la orquesta que dirigía el acusado, porque la actitud de éste y de Mme. Duteil escandalizaba a los músicos casados. (Risitas).

El director de la Union musical, Mr. Brosseron, dice que los acusados se presentaban en público como si fueran marido y mujer.

El músico, Mr. Gasnier, dice que los ha visto rodar por el suelo abrazados.

Y otro músico declara que ha visto salir a Riviere del dormitorio de Mme. Duteil, y que ésta le despedía desde la puerta en traje muy ligero.

La declaración mas grave, es la de Mme. Valette, hija de la acusada.

MME. VALETTE.—Me casé a los diez y ocho años, Mr. Riviere era el amante de mi madre. Tal era mi convicción, y por esto evitaba entrar en el cuarto de la que me dió el ser, cuando Mr. Riviere estaba allí.

EL PRESIDENTE.—¿No os quiso seducir el acusado?

MME. VALETTE.—Sí. Entonces refí con mi madre. La propuse que despidiera a Mr. Riviere, ó que saldría de la casa. Desde entonces no volví a verla, hasta que me casé. (Sensación).

EL ACUSADO RIVIERE (encogiéndose de hombros).—La hija no debió ocuparse de la madre. ¿No puede uno bromear con las mujeres?

Eugenio Dellinger, el conserje de la casa donde se reune la orquesta que dirige el acusado, ha declarado, que: Todos los músicos de la orquesta Sinfonia habían hecho juramento de no contestar a nada de lo que les preguntase la justicia: "El que declare—dijeron—será un puerco y un j... (Grandes risas).

El último testigo interesante en este proceso, ha sido un viejo verde, llamado Delaforge. Ha dicho que el último hijo cree que es suyo, y que lo hubiera acogido y educado, si así lo hubiese deseado Mme. Duteil.

¿Es entonces un cenobita?

La acusación fiscal, comienza despues de las declaraciones de los testigos.

Mr. La Bode, Procurador de la República, es un magistrado muy distinguido.

Antiguo oficial de Marina, herido en el servicio, tuvo que abandonar casi inutilizado. A los 27 años era doctor en derecho, y de la cancillería pasó al Tribunal de Chartres.

Es de fácil y elegante palabra, con más gracia que solidez, pero de excelente forma literaria y gran lealtad en la discusión.

El Procurador de la República pide condena atenuada para Romeo Riviere, que no ha podido ignorar los embarazos ni los partos de su querida, la cual le ha acusado finalmente de haber cometido los infanticidios ó por lo menos de haberlos aconsejado y dirigido.

A Mme. Duteil, esa madre desnaturalizada, para la cual el asesinato de sus hijos constituyere ya un vicio, que todos los años satisfacía su fecundidad con nuevas víctimas; á ese monstruo, le aplastará el jurado sin piedad, porque así lo exige la vindicta pública.

Comienzan las defensas.

Mr. Demange, el defensor de Mme. Duteil, pronuncia un discurso magistral. Perfila de un modo cómico á Romeo Riviere; á ese Don Juan de Chateaudun, que perseguía á todas las jóvenes; á ese galanteador que ha corrompido á Mme. Duteil y la ha abandonado en sus maternidades repetidas.

Tiene, por lo tanto, inmensa responsabilidad moral, si no la tiene mas positiva, y sería injusto castigar sin piedad á la que fué su víctima.

Mr. Petit Mangin, defensor de Romeo Riviere, demuestra muy bien, que nada acusa á su cliente; solo las denuncias interesadas de su cómplice; concede que Riviere haya sido su amante, pero niega que haya aconsejado ni un solo infanticidio, porque no lo prueba ninguna evidencia. Por tanto, pide la libertad para él.

El Presidente M. Godin, que ha dirigido los debates con mucha claridad y tacto, invita al Jurado para que pase á la sala de deliberaciones.

Al cabo de dos horas, vuelve a presentarse el Jurado.

Lee un veredicto de culpabilidad con circunstancias atenuantes, para Mme. Duteil.

El veredicto reconoció á Romeo Riviere como cómplice del primer infanticidio y le declara inocente de toda participación en los demás.

El Tribunal condena á Mme. Duteil á presidio por toda la vida, y á Riviere á tres años de cárcel. Este protesta de su inocencia á gritos.

Estupefacción general.

EL OTRO HERMANO

(De Le Gilblas.)

—¿Y ha venido V. solo á vivir en nuestro país?—preguntó la hija del alcalde.

El señor de la Girandola, hombre de aspecto sumamente distinguido, respondió sin la menor turbación á la pregunta que se le había formulado.

—No, señorita; siempre traigo conmigo un hermano, desde que perdimos á nuestros padres.

—¿Es más joven ó de más edad que V.?

—Somos, señorita, exactamente de la misma edad.

—¿Mellizos?

—Sí, mellizos; y nada hay tan difícil como distinguimos uno del otro. Nos parecemos de tal modo, que nosotros mismos nos equivocamos, viéndonos obligados algunas veces á pellizcarnos para saber cual de los dos es uno.

La hija del alcalde, que encontraba á Girandola chistosísimo, gustó extremadamente de esta gracia.

Pocas diversiones ofrecía el pueblo de Valletriste; así sería un recurso considerable, que dos mozos de buena educación viniesen á alegrar la soportera languidez de las noches de invierno.

Continuó, pues, ella con interés.

—¿Nos traerá á casa á su hermano?

—¡Oh! Mi hermano es un salvaje, señorita, uno de esos estudiantes que tienen horror al mundo. Esta es nuestra diferencia; porque jamás hubo dos seres que tuvieran gustos tan desiguales como nosotros. Al paso que yo sacrifico con placer á las exigencias sociales el tiempo que me deja libre el cumplimiento de mi cargo de juez, mi hermano se muestra refractario á las inocentes distracciones que ocupan á las personas de buena sociedad.

—¿Es entonces un cenobita?

—¡Ah! señorita, no del todo.

Y Girandola balbuceó algunas palabras cerca del oído de la hija del alcalde.

Hubo un momento de silencio, despues del cual el juez, recientemente llegado á Valletriste, el señor de la Girandola se despidió de la hija del alcalde, extraordinariamente satisfecho de aquella primera visita.

Por su parte, la hija del alcalde se quedó murmurando:

—¡Qué lástima! El otro hermano es un libertino.

Al otro día la hija del alcalde, Srta. de Peñaflor, visitó á casi todas sus amigas.

—¿Habeis visto á los señores de la Girandola?—preguntaba.

—¡Ah! el nuevo juez. ¿Son muchos de ese apellido?

—Dos hermanos, dos mellizos, un verdadero fenómeno; dos muchachos absolutamente semejantes.

—¿Los has visto tú?

—Hace poco que los encontré en la calle—dijo la Srta. de Peñaflor, dándose importancia—hija, tenían la misma cara, el mismo cuerpo, el mismo modo de andar, la voz misma, en fin.

—¿Y ¿te han hablado?

—El juez me presentó á su hermano. Parece que es algo salvaje; pero extraordinariamente instruido. Es casi seguro que llegaremos nosotras á domarlo.

—Es verdaderamente incómodo parecerse hasta ese punto. Yo, en el caso de ellos, crearía diferencias artificiales entre nosotros, tomando, por ejemplo, diferentes sombreros, cortándonos el cabello y la barba de modo diverso, vistiéndonos, por último con trajes desemejantes.

—No hay que pensar en eso. Su madre, santa mujer, como yo he conocido muchas en mi familia cuando era niña, experimentaba un placer extraordinario en vestirlas de idéntica manera. En su lecho de muerte, les ha hecho jurar que no derogarían esta costumbre de su primera edad. Los dos hermanos la conservan religiosamente.

La Srta. de Peñaflor sintió cierta ternura ante la belleza conmovedora de su propia mentira.

No se habló de otra cosa en muchos días en el pueblo de Valletriste, sino del parecido de los hermanos Girandola.

—Es increíble—decía alguna muchacha—que no los haya yo visto juntos todavía.

Sin embargo, el otro hermano existía en la conciencia de todo el pueblo, puesto que su existencia había sido afirmada con pelos y señaes por la hija del alcalde.

Cuando alguien se encontraba al juez, le preguntaba:

—¿Cómo está su hermano?

El juez respondía invariablemente:

—No sé. El pobre muchacho ha pasado toda la noche trabajando. Cuando salí de casa, aun no se había levantado.

En esto, la hija del registrador, Rosita Martínez, no quería ser menos que su amiga la hija del alcalde.

Para evitar toda apariencia de inferioridad con respecto á la Srta. de Peñaflor, proclamó un día que ella tambien se había encontrado á los hermanos Girandola.

Hasta llegó á añadir que no se parecían tanto como se suponía; al contrario, era necesario ser un topo para no ver las diferencias.

Es inútil decir, que las dos muchachas eran rivales y que se odiaban á muerte.

Pronto fué un clamor general en el sexo femenino, habiendo ya visto todas las mugeres al hermano del juez.

—Hemos encontrado hace un momento á su hermano—le decían.—Por cierto que está muy pálido. Debía V. obligarle á que se distrajera.

El juez se contentaba con alzar los hombros ó plegar melancólicamente las cejas.

Por lo demás, ya habrán VV. adivinado que era novio á un mismo tiempo de la hija del alcalde y de la del registrador.

A veces, alguna de las dos le recriminaba, pues le habían visto piropeando niñas.

El, acallaba estas quejas con una palabra:

—¿No he dicho ya que mi hermano tiene gustos horriblemente ligeros? Yo no he sido ese que han visto.

Y, ya Rosita Martínez, ya la señorita de Peñaflor, se tranquilizaban, deplorando las malas costumbres del hermano de su novio, pero alegrándose de la bondad de éste.

Un día fué á quejarse al alcalde un tendero, al cual debía el Sr. de la Girandola una suma considerable, de que

no podía obtener jamás un céntimo.

—Parece mentira que un juez—decía el tendero—no pague sus deudas.

—Deje V. al juez en paz—replicaba indignado el alcalde;—eso será con su hermano, que es un perdido. Tenga usted cuidado con no confundirlos, porque bien le puede caer encima un proceso de defraudación.

Otras escenas por el estilo ocurrían cada día; pero de todas salía triunfante el juez, contentándose con decir en tono de mártir:

—Este Enrique! ¡Pobre Enrique!

Después de esto, todo el mundo le compadecía casi tanto como le estimaba.

Sospechando de las dos señoritas rivales en el amor del juez, que éste engañaba á ambas, la de Martínez fué un día á casa de la de Peñaflor.

Rosita halló, en efecto, á Girandola, requebrando á la hija del alcalde.

Esta, para mayor prueba, tenía en su seno un clavel que momentos antes había pertenecido á la hija del registrador.

—¡Miserable!—exclamó ésta.—¿No me dirás ahora qué es el otro hermano?

—¿Ni á mí?—repuso la de Peñaflor igualmente indignada.

—¿Tú tienes otro hermano?—dijo la hija del alcalde, como sorprendida de súbita inspiración.

—No, no le tiene—continuó la otra.

—Sin embargo, VV. le han visto—adujo imperturbablemente el juez.

—Yo no, Rosa.

—No, hija, que fuiste tú.

Ambas se sonrojaron, porque comprendieron que se habían mentido mutuamente.

Durante este tiempo, el señor de la Girandola tomó su sombrero, y salió escapado.

Las dos señoritas burladas, pensaron desenmascarar al astuto joven; pero reflexionaron luego que, estando tan bien imaginada su fábula, nadie las hubiera creído posteriormente.

Un año más desempeñó su cargo el juez.

Cuando obtuvo un ascenso y se vio forzado á marcharse, despidióse de sus antiguas novias, diciéndoles:

—Me da pena el irme; tanto más, cuanto que no me llevo á mi hermano.

—Tiene V. razón—le dijeron—en que no le acompañe más. Puede que alguna vez le cueste á usted caro.

En Valletriste todavía se había, sin embargo, de la extrema semejanza de los dos hermanos Girandola.

ARMAND SYLVESTRE.

DEL NATURAL

Daban las diez de la mañana cuando bajaba por la avenida de Villiers al boulevard Maiesherbes. ¡Qué frío hacía! La estatua de Alejandro Damas saliera como si el autor del Monte-Cristo saliera de un baño. Las criadas, con sus gorritos blancos y sus zuecos, corrían en lugar de andar, cruzadas de brazos para esconder las manos en los sobacos. Los cocheros tenían las riendas con la mano izquierda y con la derecha se daban pufetazos en el costado opuesto. Los caballos parecían locomotoras, echando columnas de vapor por las narices.

Allá en una obra, en el alero del tejado, varios obreros con sus blusas blancas, acababan de colocar el zinc de los canales á una altura de sexto piso.

Uno de ellos cantaba con una hermosa voz de barítono, desafiando al frío:

La Dame Blanche vous regard;

La Dame Blanche vous regard...

Y un mozo de café que pasaba por debajo con dos ó tres escobas al hombro, salió al medio de la plaza y le dijo:

—¡Eh; Mathieu!

Y el obrero desde arriba:

—¡Hola, amigo!

—¡Mal tiempo para andar por los aires, verdad.

—¿Cómo está María?

—¡Tan linda.

—¿No hay novedades?

—¡Pronto irás al bautizo.

—¡Enhorabuena.

—¡Gracias.

—¡Cuidado!

¡Ay! ¡Ya era tarde!

Al mismo tiempo que dijo gracias fué á cambiar de posición, resbaló sobre el zinc cubierto de hielo, volteó, dió con el robusto cuerpo en el andamio, quiso agarrarse á una cuerda, no alcanzó, se deslizó de costado y dando una revuelta en el aire cayó sobre la acera con un estruendo que hizo salir á todos los vecinos á puertas

y ventanas.

—Sonó un alarido general.—¡Un homme á terre! Vióse bajar apresuradamente por cuerdas y tablones á todos los compañeros, al maestro de obras, á los aprendices, á los obreros todos. Corrieron en todas direcciones hacia el lugar de la catástrofe tenderos, peluqueros, mueblistas, cocheros que saltaban del pescante, criadas, soldados, un sacerdote, dos guardias, el boticario de enfrente, caballeros cubiertos de pieles, una señora que volvia de misa, muchachos, mendigos, yo... doscientas personas en minuto y medio.

¡Oh qué horror! El infeliz estaba sobre la acera, exánime, rodeado de un gran charco de sangre...

Un hombre realmente hermoso, fuerte, fornido; apenas tendría veinticinco años. La cabeza cubierta de sedosa melena rubia, á la manera de los artistas, estaba partida en dos y dejaba ver los sesos.

Pasado el primer momento de terror se hizo un gran silencio. Los transeúntes curiosos que tenían que hacer, se fueron retirando; quedaron custodiando al muerto los guardias, el comisario y los operarios de la casa en construcción. Trajeron una camilla y entre cuatro compañeros le metieron en ella.

—¿A dónde le llevan?—pregunté.

—A su casa.

Y sin poder resistir al impulso del corazón, me puse detrás y fui á acompañar al triste é improvisado cortejo.

No hay nada más solemne que esa camilla que de vez en cuando se encuentra al paso en las calles de París, y que generalmente va seguida de una mujer que llora y de ocho ó diez trabajadores. A mí me interesa más que el paso de un entierro. Estas víctimas repentinas del trabajo son interesantísimas.

Nos pusimos en marcha. La camilla la llevaban los cuatro camaradas más fuertes. Formando el dúo, los dos guardias con las manos metidas en las mangas contrarias para evitar el frío, baja la cabeza y marchando á compás. Detrás el arquitecto de la obra, que en el momento de la desgracia se encontraba en ella, dando la mano á un niño, tal vez hijo suyo. Enseguida hasta veintitantos obreros con sus blusas blancas ó azules, y ese aspecto marcial y apuesto del trabajador parisien, cuya bella presencia es célebre, mudos, con las gorras en las manos teñidas de cal ó de bermellón, y haciendo resonar sobre el asfalto las fuertes pisadas.

En voz baja, y con cierto temor de turbar la solemnidad, pregunté al que iba al lado mío:

—¿Parecía buen muchacho.

—Un excelente hombre y obrero de mérito.

—¿Cuánto ganaba?

—Seis francos.

—¿Creo que era casado...

—Hace un mes.

—¿Un mes!

—Sí, señor, un mes. Todos estuvimos en la boda. Su mujer es una muchacha angelical, que trabaja en su casa para un almacén de modas. Dicen que está en cinta...

—¿Pobre hombre!

—Sus padres se morirán de pena. La madre tiene ochenta y cinco años.

—¿Pobre mujer!

—Y vive de lo que él le dá.

—¿A dónde vamos?

—A su casa, ahí cerca de la rue de Levis...

Y ya estamos casi en ella: al paso, en las callejuelas de Battignolles, salían los vecinos á las puertas á contemplar con tristes ojos la silenciosa comitiva. La calle de Levis, larga y estrecha, con sus arroyos de agua sucia á lo largo de las angostas aceras, recuerda las provincias de Italia ó de España; el extranjero que viene á pasar quince días alegres en París no puede figurarse el aspecto de estos barrios humildes, con sus tabernas de cocheros, sus portales estrechos y sucios, sus casas jorobadas y con los balcones de madera... A las diez de la mañana, el público que recorre el barrio no es de lo más atractivo! Carniceros y vendedores ambulantes, chiquillos desarrapados y mujeres que hablan á voces, iban viéndonos pasar, haciendo comentarios sobre el adivinado suceso.

Yá la casa del muerto se ve. Los obreros la indican, la vecindad comienza á suponer que se trata de un amigo, el nombre del muerto corre de boca en boca, la comitiva se agranda, y allá, en el segundo piso, se ve una linda muchacha, rubia como el oro, con una gorrita blanca adornada de puntilla, que adorna pirosamente la preciosa cabeza, y que está dando una hoja de escarola á un pajarito que la saludó dentro de su jaula con amorosos pios.

¡Es ella!

Ella, que al oír el ruido y ver la camilla, inclinó el cuerpo fuera de la ventana, mira, no adivina lo que sucede, sonríe á una vecina que le pregunta quién era, y contesta que no lo sabe...

¡Ay! Al ver que nos detenemos debajo de la ventana, y al reconocer entre los acompañantes á los amigos que hace un mes estuvieron en su boda, la desdichada da un penetrante grito, desaparece, la oímos bajar los escalones de dos en dos, llega pálida como la muerte á la camilla, aparta con un violento empujón al guardia que quiere evitarle la impresion primera, y abre con sus diminutas manos la cortina que cubre al amor de su vida...

Cae sin sentido. Sepáranla de allí... ocupábase de ella y del muerto todos y cada uno... ¡qué afán en todos de ayudar y servir, y cómo se ve que entre los desgraciados la union siempre está hechal!

El arquitecto saca del bolsillo una pieza de veinte francos y la echa en su propio sombrero. Despues va pasando por delante de todos los presentes, y dice: "Señores, para la familia del obrero."

Las manos todas se dirigen á los bolsillos, nadie se niega, quién da tres francos, quién dos, quién uno, quién cincuenta céntimos. Un sobayano que pide limosna con un acordeón, se adelanta y dá sus dos sueldos... La colecta produce en cinco minutos ciento doce francos, los presentes todos deben volver á trabajar, y el patio se queda desierto.

¿Quién sabe lo que será de la pobre viuda, del hijo que ha de venir de la madre octogenaria, del padre ciego! ¿Quién se ocupa del que muere en estas brechas del trabajo que levanta palacios? A lo menos, al soldado le dicen que su muerte es gloriosa...

Al salir de allí, oímos retambalar el pavimento bajo las ruedas de un coche particular que viene por la calle arriba. El cochero, cubierto de pieles, apenas puede frenar el paso de dos magníficos caballos. Por la portezuela asoma un viejecito envuelto en un gabán de nátrita, y pregunta lo que ha pasado. El arquitecto le saluda por su nombre, le cuenta lo ocurrido y le tiende el sombrero. El viejo, despues de vacilar un momento, la dá cinco francos. El coche sigue su carrera.

—¿Cien sueldos!—grita una pescadora que pregona por la calle su mercancia. ¡Ah, bribones!

—¿Quién es?—le digo al arquitecto.

Y este contesta con cierta amarga sonrisa:

—¿Vió V. la casa donde sucedió la desgracia?

—Sí.

—¿Pues este es el dueño de la casa.

EUSEBIO BLASCO.

Biblioteca

LA OCEANIA ESPAÑOLA.

CATECISMO DE AGRICULTURA CIENTIFICA. Librito indispensable á todos los agricultores ilustrados. Por Johnston y traducido para La Oceania Española.

EL ADEREZO DE PAQUITA. Historieta filipina original. Primer tomo de la colección de trabajos literarios de D. José F. del Pan.

LOS PRETENDIENTES DE CARMEN O PERFILES DE NOVIOS. Segundo tomo idem.

DOS MESES DE LIENCIA O BO. CETOS DE NOVIAS. Tomo tercero, id.

CINCO HORAS EN EL LIMBO O NUESTRAS TATARANIAS. ¡HAY MUERTE DE AMOR! Dos novelitas comprende este tomo IV de 164 páginas.

HAY QUE VIVIR O QUIEN LA ENREDO QUE LA DESENREDE. LAS MEDIAS NARANJAS. Tambien comprende dos historietas filipinas este tomo V de la colección.

De estos libritos puede pedir el que guste, todo suscriptor al periódico que tenga pagados dos meses de suscripción adelantada, y todos ellos el que haya pagado ocho meses. A los no suscritores se venden á 2 reales cada uno.

En prensa.—DIEZ MILLONES DE PESOS, ó EL TESORO DE MARIANAS, novela histórica.